

Nosferatu. Revista de cine (Donostia Kultura)

Título:
Satán, mon amour

Autor/es:
Palacios, Jesús

Citar como:
Palacios, J. (1998). Satán, mon amour. Nosferatu. Revista de cine. (27):40-44.

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/41072>

Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



donostiakultura.com



Satán, mon amour

Jesús Palacios

Satan, Luzifer, Beelzebub... izen ugari ditu. Baina zalantzarik gabe gizateriaren historiako bilau nagusia eta aurrenekoa dugu. Areago, dituen aurpegi ugarien azpian eta zerbitzari-piloarengan, sekreturik maltzurrena ezkutatzen da, gauztakeriaren benetako aurpegia: gizasemearena berarena.

1. El Diablo, probablemente

Desde sus primeros tiempos el cinematógrafo, artefacto nigromántico, ha venerado la imagen del Maligno y cultivado el mito fáustico en todas sus formas, de las primitivas versiones de Méliès a la magnífica **Fausto** (1926), de

Murnau, pasando por excursiones al mundo de la brujería, como **La brujería a través de los tiempos** (1922), de Christensen. Y ya desde ese instante se intuye que el celuloide siente una indecente simpatía por el Diablo. La propia obra maestra de Murnau se sostiene gracias a la divertida inter-

pretación de Mefistófeles que nos ofrece Emil Jannings, muy acorde con la tradición folklórica del *trickster*, el diablo sinvergüenza y lascivo, cautivador por su ingenio, metamorfoseado por la cultura popular en arquetipos más humanizados como el Till Eulenspiegel germano, el Bre'r Rabbitt de

los afroamericanos (cuyo avatar último no sería sino Bugs Bunny) y hasta en el pícaro del Siglo de Oro español. Es esta simpatía natural en el hombre hacia quien se aprovecha de sus semejantes, acompañando la maldad de humor e ingenio, la que ha hecho atractivos a tantos villanos cinematográficos: Hannibal Lecter, Freddy Krueger, Beetlejuice, Chucky, el Joker, el Clown, The Mask y un larguísimo etcétera que incluye al mismísimo Trickster, de la mediocre pero interesante **Juego mortal** (1994), de John Flynn, y al más descarado de los diablos sarcásticos, Jack Nicholson en la versión que de **Las brujas de Eastwick** (1987) dirigiera vigorosamente George Miller.

Pero esto no bastaría para convertir al Diablo en padre de todos los villanos. Para ello el cine debe recurrir también al lado trágico y grandioso, al Satán para quien fue compuesto el *Paraíso perdido* de Milton. Junto al humor sardónico y el verbo fácil se necesita siempre la grandeza trágica del Ángel Caído. El Diablo como héroe negativo, como polo opuesto pero casi igual de Dios y del Bien. Pocas veces ha logrado el cine reflejar el aura del Satán miltoniano, aunque haya estado cerca de conseguirlo en **Legend** (1985), donde Tim Curry, cargado con unos cuantos kilos de maquillaje, da vida a un melodramático diablo isabelino, gigantesco y escarlata, adornado con todos los atributos tradicionales del personaje (patas de carnero, perilla y cuernos), que trata, infructuosamente, de tentar a una no del todo inocente doncella en su reino subterráneo, que semeja el decorado de una obra de Wilde, diseñado por un equipo de artistas decadentes al mando de Beardsley. Con algunos inevitables y agradecidos toques del *trickster* pero con predominio de la vis miltoniana, Patrick Bergin dio vida a un Satanás elegante y británico, aunque vencido por una pareja de *teens*, en la deliciosa

Highway To Hell (1991), de Ate de Jong, redondeada por Hellcop, un infernal policía cubierto de escarificaciones satánicas. Más chistoso y rufián es el Diablo interpretado por el maquillado y saltarín Billy Zane en **Caballero del Diablo** (1994), de Ernest Dickerson, reelaboración de ciertas tradiciones gnósticas cristianas referentes a la Santa Sangre de Cristo, resuelta en clave de *gore* pero con momentos diabólicamente efectivos. Otra hábil combinación de ambos arquetipos se da en el Louis Cypher interpretado sobriamente por Robert De Niro en **El corazón del ángel** (1987), de Alan Parker, curiosamente basada en una novela del autor del guión de **Legend**, William Hjortsberg, y cuya imagen de un De Niro elegante y tranquilo deglutiendo de un bocado, cual serpiente edénica, un huevo previamente comparado al alma humana es un momento ya clásico del cine de terror. Con ira claramente miltoniana se rebela el Arcángel Gabriel contra Dios y el Cielo en la película de culto **The Prophecy** (1995), de Gregory Widden, especie de trasposición de la novela de Anatole France *La rebelión de los ángeles* al inframundo de la carretera americana, en la que Christopher Walken es al final vencido con la ayuda del propio Lucifer (Viggo Mortensen), quien teme que le sea usurpado el puesto de Señor de los Infiernos. En la línea de Milton, aunque en modo *teen*, habría que situar al peculiar Stefan Arnglim del clásico psicotrónico **Lucifer** (*Fear No Evil*, 1981), de Frank LaLoggia, donde ángeles y diablos se enfrentan a ritmo de música *new wave*, para desesperación de los aficionados más serios. En ambiente también totalmente americano, **La tienda** (1993), de Fraser Heston, irregular adaptación de la novela de King, nos presenta al amable Leland Gaunt (Max Von Sydow), tras cuyo anciano rostro se esconde un tentador Mefistófeles que tiene para cada persona justo

lo que necesita... a cambio, claro, de su alma. Hasta llegar al ejemplo más reciente, la delirante **Pactar con el Diablo** (1997), de Taylor Hackford, protagonizada por un histriónico e inevitablemente divertido Al Pacino, en el papel con mucho de *trickster* de un Diablo que se hace llamar John Milton, dirige una multinacional y disfruta con el flamenco tanto o más que con sus largas parrafadas diabólicas, en las que traza toda una apología incontestable de sí mismo.

Otros villanos han adoptado el ropaje mayestático del Satán de Milton: las versiones más modernas de *Drácula*, las dirigidas por John Badham en 1979 y por Coppola en 1992, convierten a su protagonista, interpretado respectivamente por Frank Langella y Gary Oldman, en trágico personaje maldito, que debe tanto al arquetipo miltoniano del rebelde caído como al trasfondo byroniano del vampiro gótico. De maldad extrema y convincente, no exenta de grandeza, está henchido el perverso **Warlock, el brujo** (1989), interpretado por el británico Julian Sands. Pero la encarnación perfecta del espíritu de Milton la encontramos en un film de ciencia ficción, **El imperio contraataca** (1980), secuela superior de **La guerra de las galaxias** (1977), en la que Darth Vader, líder del lado oscuro de la fuerza, se descubre padre carnal del héroe protagonista, a quien trata de atraer a su bando, en medio de una escena de una grandeza pocas veces alcanzada en el cine fantástico y que habría sin duda satisfecho tanto a Milton como al propio Diablo.

2. Mujeres y niños primero

Cuando el cine pretende asustar, usar el miedo que todos, creyentes e incrédulos, sentimos ante el Diablo y sus cohortes, opta por darle el cuerpo y el rostro de aquellos seres que más indefensos

y tiernos nos parecen: los niños. Desde la obra maestra de Polanski, **La semilla del diablo** (1968), que basada en la paranoica novela de Ira Levin culminaba con la plena aceptación del pequeño engendro por parte de su alucinada madre, la idea del nacimiento del Anticristo es un tópico del cine fantástico. **El exorcista** (1973), del católico William Friedkin, añadiría el tema de la posesión satánica, conformando el tono general del cine sobre el Diablo durante muchos años. De la hábil combinación de ambas ideas surgiría la trilogía (ampliada vía TV a tetralogía) de **La Profecía**, iniciada por Richard Donner en 1977. Pronto las pantallas se llenaron de rostros redondos y tiernos, aparentemente inocentes, pero capaces de las mayores crueldades: la pequeña Regan, poseída por el demonio babilónico Pazuzu, que acabará con la vida del joven sacerdote protagonista, tras una orgía de vómitos y actos blasfemos, para volver a ser asediada después en la menospreciada **Exorcista II: el hereje** (1977) de John Boorman; el dulce Damien, marcado con el número de la Bestia, que causará la muerte de toda su familia y proseguirá su sangriento camino hacia el Arma-

geddón en **La maldición de Damien** (1978), de Don Taylor, hasta que el propio Dios le pare los pies en **El final de Damien** (1981), de Graham Baker; y junto a ellos, el bebé mutante de **Estoy vivo** (1973); la pequeña **Carrie** (1976); el acomplejado cadete de **Evilspeak** (1981); **Los chicos del maíz** (1984), de King; los tres niños nacidos en un eclipse de sol en **Cumpleaños sangriento** (1980) y muchos más, incluyendo los plagios italianos y españoles al uso, como **La endemoniada** (1975), de Amando de Ossorio, **Exorcismo** (1974), de Juan Bosch, o una de las peores películas de Lucio Fulci, **Manhattan Baby** (1982), por citar sólo algunos ejemplos.

Mención aparte merecen las encarnaciones femeninas del Diablo, tanto más diabólicas cuanto más atractivas. ¿Cómo olvidar a la pareja de lesbianas asesinas compuesta por Sylvia Miles y Beverly D'Angelo, convertidas en demonios tras su muerte, acosando lascivamente a la protagonista de **La centinela** (1976)? Indudablemente diabólica es la mantis rubia de **El cuarto hombre** (1983), de Verhoeven, interpretada por Renée Soutendijk. Pero pocas pue-

den aducir una genealogía tan satánica como la Lilith de **Night Angel** (1989), que no es otra que la madre bíblica de los vampiros, aunque el demonio al que se enfrenta el cura interpretado por Ben Cross en **The Unholy** (1988), que provoca sexualmente a los sacerdotes para enviar sus almas directas al Infierno, es el que más canónicamente puede competir con los clásicos del cine satánico. Lo cierto es que las mujeres diabólicas se escapan un poco de nuestro campo, para inscribirse en el de los demonios menores: vampiras, *vamps* y psicópatas.

3. En las garras de la secta

No siempre el Diablo se toma la molestia de visitarnos en persona. Confía en sus muchos servidores, líderes de cultos dispuestos a darlo todo por él, especialmente la vida de los demás. Algunas figuras reales, célebres por su negra fama como ocultistas, se han visto retratadas por el cine de manera más o menos clara. Aleister Crowley, el inglés que se hacía llamar la Bestia 666, ya protagonizó en 1926 **The Magician**, de Rex Ingram, adaptación de la novela que escribiera Maugham tras conocer al "hombre más perverso de Inglaterra". Mocata, el nigromante que se enfrenta a Christopher Lee en **The Devil Rides Out** (1968), y Karswell, el no menos siniestro hechicero del clásico de Tourneur **La noche del demonio** (1957), son también, a pesar de sus orígenes literarios, personificaciones de Crowley. Más recientemente reconocimos su sombra en **El señor de las ilusiones** (1995), de Clive Barker. Una sombra que se fundía con la del inevitable Charlie Manson, cuyos crímenes se convirtieron ipso facto en materia explotable por el celuloide: **The Deathmaster** (1972), de Ray Danton, con Robert Quarry como un gurú/vampiro que lleva a sus se-



El exorcista

guidores a una orgía de sangre; **Perros rabiosos** (1971), con sus *hippies* babeantes; **La última casa a la izquierda** (1972), de Craven; y otras más descaradas como **Manson** (1972/73), de Laurence Merrick, y **The Helter Skelter Murders** (1988), que incluye una canción del propio Manson. El prototipo de todos los satanistas, Gilles de Rais, inspiraría la trilogía de Alaric de Marnac, personaje creado por Paul Naschy a imagen y semejanza del infame caballero medieval, cuya amistad con Juana de Arco inquieta desde hace años a Kathryn Bigelow. El reverendo Jones, que arrastró a la muerte a sus seguidores, protagonizaría **Guyana, el crimen del siglo** (1979), del mexicano René Cardona, Jr.

Ya en 1929 Christensen, entonces en Hollywood, había llevado a la pantalla *Seven Footprints To Satan*, el clásico *pulp* sobre una secta diabólica neoyorquina escrito por Merritt, y en 1934 Edgar G. Ulmer realizaría una de las joyas del género, **Satanás**, en la que Boris Karloff interpreta a un elegante satanista, aislado en un magnífico edificio estilo Bauhaus, y que nos muestra una de las más impresionantes misas negras jamás filmadas. Las sectas satánicas, con líderes más o menos carismáticos, constituyen un género por sí solo: **Weird Woman** (1941) y **Burn, Witch, Burn** (*aka Night of the Eagle*, 1961), ambas basadas en la novela de Fritz Leiber *Esposa hechicera*, cuya tesis es que todas las mujeres son brujas... pero de verdad; **The Witches** (1966), con más marujas satánicas a la hora del té; **Satán, mon amour** (1971), de Paul Wendkos, maligna y viciosa peliculilla que confirma lo que ya sabíamos: los ricos y famosos son todos satanistas; la psicotrónica **Blood Orgy Of the She Devils** (1972) de Ted Mikels, con brujas californianas siempre dispuestas a desnudarse y sacrificar chicos a Satán; las dos estilizadas



incursiones de Argento en la brujería, la genial **Suspiria** (1977) y la fascinante **Inferno** (1980); **La secta** (1991), de Soavi, revisión de los crímenes de Manson combinados con paganismo céltico y pesadillas lovecraftianas...

Es curioso que en realidad las sectas satánicas reconocidas, con la Iglesia de Satán del recientemente fallecido Anton LaVey a la cabeza, nunca hayan estado implicadas en crímenes, suicidios colectivos o sacrificios sangrientos, salvo en contadas excepciones. Lo cierto es que la mayoría de tales hechos son provocados por cultos de tipo cristianoide e integrista, tendentes a confundir en su seno elementos que van del puritanismo a la ufología. En el cine no abundan las recreaciones de cultos que no sean satánicos, y

cuando las hay suelen referirse a paganismos tan sangrientos como sospechosos. Especialmente destacable es **The Wicker Man** (1973), de Robin Hardy, donde Christopher Lee encarna a un noble que ha resucitado los cultos celtas en su isla y Edward Woodward al policía que se convertirá en víctima sacrificial. Un film muy superior al **Darklands** (1996) de Julian Richards, que obviando la ambigüedad de su precedente se convierte en torpe manifiesto antinacionalista. Los cultos aztecas han dado lugar a dos piezas tan simpáticas como absurdas: **La serpiente voladora** (1982), de Larry Cohen, en la que los sacrificios humanos a Quetzalcoatl resucitan a una gigantesca serpiente prehistórica, y **The Laughing Dead** (1990), una comedia *gore* en la que su director,

el escritor S. P. Somtow, interpreta al líder de un sangriento culto indígena, que arroja corazones humanos despreocupadamente en una pila ensangrentada y toca música clásica al piano. Tampoco el Vudú, la Santería y otros cultos afroamericanos han tenido en general un tratamiento muy brillante en el cine. Cabe destacar una vez más **La serpiente y el Arco Iris** (1987), de Craven, en la que un impresionante Zakes Mokae interpreta a un *ton-ton macoute* que es a la vez *bokor* o mago negro, y, naturalmente, **Perdita Durango** (1997), de Alex de la Iglesia, con Javier Bardem como el santero Romeo Dolorosa, inspirado en el personaje real de Alonso de Jesús

Constanzo, mafioso mexicano y sacerdote de *palo mayombe*, que cocía a sus enemigos en un caldero. Una de las pocas ocasiones en que un culto cristiano aparece retratado negativamente en el cine de terror es en **Servants Of the Twilight** (1990), de Jeffrey Obrow, según novela de Dean Koontz, cuyo final sorpresa invalida en gran medida su atrevimiento inicial.

4. Al diablo con todo

Para finalizar, es necesario insistir en lo obvio. Satán, el Diablo, Lucifer, como quiera que lo llamemos, es al mismo tiempo que

uno, todos los villanos que en el cine han sido. Todos son emanaciones del Señor de las Tinieblas. Desde el George Sanders de **Eva al desnudo** (1950) al Frank Laggella de la última **Lolita** (1997), desde el Blofeld de la serie Bond al Basil Rathbone de **Robin de los bosques** (1938)..., todos ellos nos muestran las mil caras del Diablo: la lujuria, la avaricia, la ambición... Todos los pecados capitales, uno a uno. Y aunque parecen perder la partida sobre el tablero de la pantalla cinematográfica, sabemos que, en última instancia, han ganado. Pues... ¿en quién pensamos más al cabo de las horas, los días y los años? ¿En los héroes nobles y puros o en sus decadentes y viciosos enemigos? ¿Puede alguien imaginar una película sin villanos y, por tanto, sin Villano? Las hay, sí. Pero mejor no hablar de ellas. En estos tiempos de *New Age* se nos dice que todos somos Dios, que todos llevamos una parte de Dios en nuestro interior. Puede ser, pero a la mayoría nos cuesta creerlo. Al contrario, no tengo dificultad alguna en reconocer al Diablo dentro de mí. Lo oigo en cada asmático resoplido de Darth Vader a través de su negra máscara, lo veo reflejado en la sonrisa oriental del Dr. Fu-Manchú, lo siento reptar por mis venas al suspirar por el ligero de Marlene Dietrich... Y entonces, como todo adorador de esa máquina de sueños falaces que es el cine, de ese moderno Baal devorador de almas, de ese Moloch que se ha quedado con el niño que una vez fuimos, entonces no puedo dejar de susurrar, bajito pero con claridad: "*papá, papá*".



Perdita Durango